

¡¡PODRIA SER!!

Lucy Fer Mal, era un experto Agente con un «Currículum Vitae» extraordinario. Su patria, el Averno, se manifestaba por su afán de proselitismo y conquista, sin preocuparse de los sistemas empleados para conseguirlo, ofreciendo a la humanidad entera la golosina de una felicidad jamás alcanzada.

La realidad es bien otra. Esta organización infernal ofrece al orbe un sabroso Chupa Chups, y los que creen cogerlo, atrapados en sus garras, ven que les han quitado el dulce y sólo queda el palo, con que lo reciben.

El caso es que nuestro personaje había sido destinado a España donde últimamente veía facilitada su labor, pues las resistencias que se oponían en otros tiempos a su acción, se habían difuminado por arte de magia. La influencia del mal, con sus vicios, hacía que los buenos principios, la moral, el respeto y la consideración al prójimo se hubieran perdido, los abusos, atropellos y otros casos más graves estaban al orden del día.

Se encontraba, pues, pletórico y eufórico de moral, (de triunfo se entiende), ya que lo conseguido en pocos años en nuestra atribulada nación, le ponía a la cúspide de la fama donde le fuera fácil hacernos tragar su producto...

Le indicaron sus directores visitar Bocairiente donde se observaba una actividad inusitada y fuera de lo normal.

Llegó a nuestro pueblo y con suavidad, para que nadie descubriera su presencia, se dejó caer en la balconada de la torre parroquial donde presencié el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Hemos de decir que estábamos de lleno en la «Nit de Caixes». El bullicio de la gente y los festeros, después de una buena y abundante cena, estaba en su cénit. Aquello, desde lejos, parecía dantesco; y le era sorprendente, ya que no atinaba a comprenderlo, pero se relamía los labios pensando que con las libaciones y besos a Baco que realizaban los actores iba todo a terminar, como vulgarmente se dice, el Rosario de la Aurora. (Diremos, en honor a la verdad, que esta afirmación es nuestra, pues Lucy Fer, jamás mentó el Rosario). Mas nada sucedió a pesar de ver como muchos gritaban y levantaban los brazos, como queriendo estrangularse, y lo que hacían era abrazarse y besarse como si nunca se hubieran visto.

Al día siguiente, desde su atalaya, presencié el inicio formal de la Fiesta, y por la tarde le encandiló la Entrada de Moros y Cristianos. La fantasía, riqueza y variedad de sus trajes; la marcialidad de sus Escuadras; la precisión de sus movimientos; el esplendor de los Capitanes; el acompañamiento de las músicas; las carrozas artísticamente engalanadas y el jolgorio que producían en las gentes con el reparto de juguetes y golosinas...Era todo un derroche multicolor, lleno de alegría que, como torrente, inundaba las calles...

Así, iba de sorpresa en sorpresa, pues para él no tenía explicación —tan dado al tumulto y agitación— que los hombres se manifestaran con esos trajes; desfilaran con armas; blandieran espadas y otros objetos contundentes y que al final de aquel torbellino...no ocurriera nada.

Esperó al otro día...el cual le sirvió de veneno. No le agradó que los festeros se pasaran media mañana en Misa Mayor y que por la tarde asistieran a una Procesión que, tan larga, parecía interminable. (El, tan enamorado del fuego eterno, la llama encendida de una vela en honor de un Santo, le producía náuseas y escalofríos).

Como colofón, todos los actuantes en el rito procesional, esperando a San Blas en la plaza mayor y cuando llegó éste se desbordó el entusiasmo de los allí presentes, que elevando sobre sus cabezas las velas encendidas, prorrumpieron en vítores y aclamaciones a su Patrón, mientras las músicas interpretaban el Himno Nacional y los fuegos de artificio iluminaban el espacio...Son momentos de gran emoción en que los corazones laten con más vehemencia y en muchos ojos aparecen lágrimas, como perlas de amor que ponen un nudo en la garganta...Es un acto indescriptible, inenarrable...¡Es la fe, la devoción y el sentimiento de un pueblo por San Blas! (Diremos que Lucy se dijo para sus adentros, que no había visto cosa igual).

Cuando se dió cuenta, la gente llenaba de nuevo la Iglesia Parroquial y cantaba enardecida el Himno a su Patrón.

No le gustaba el cariz que tomaban las cosas, pues pensaba que con aquella gente tan fervorosa y unida nada tenía que hacer, mientras el desencanto del fracaso le roía las entrañas.

Confío en otro día y damos fe que su entusiasmo aumentó algunos grados cuando vió que los festeros, llevando armas de arcabucería, empezaron a disparar de tal manera que los Moros ganaron la batalla a los Cristianos arrojándoles del Castillo.

(Estaba más contento, pues al fin empezó la contienda, que era lo suyo, y se alegró viendo que los hombres siempre acaban igual. Muchos abrazos, muchas sonrisas, muchas palmaditas en la espalda, pero al final el vicio, la concupiscencia, la maldad, el egoísmo y la ambición pueden más que la sensatez y la razón; la humanidad se lia a mamporros, destrozándose, y El, sobre los escombros de la hecatombe, pone su cetro de único vencedor).

En la tarde los Cristianos se lanzan a la reconquista y tras largo combate y parlamento volvieron a ser dueños de la fortaleza.

Y observó nuevamente lo que por la mañana creía era una visión irreal. Que los prisioneros de las batallas no se les trataba como en campos de concentración, sino que eran obsequiados y agasajados como huespedes de importancia.

Se felicitaban unos a otros, se impartían abrazos por doquier y, como había visto en días anteriores, el grande compartía su alegría con el

pequeño, no había diferencias ni se sentían adversarios y en franca camaradería hasta se sentaban en la misma mesa...Todos respiraban honradez y sinceridad. No existían resquemores ni incompatibilidades; el compañerismo y la fraternidad llenaba los corazones de aquellos hombres, y en todo lugar reinaba el mismo cariño, amor y comprensión entre las gentes...

Asqueado y furioso no esperó otro día de Fiesta, decidiendo volver al Averno, sin saber que diría cuando le pidieran cuentas de su gestión, y balbuceando denuestos y maldiciones se dispuso a marchar, cuando oyó a su lado una dulce y tierna voz, que le decía:

— Reniega de tu poder, que nada es posible en estas circunstancias.

— ¿Quién eres tú que así me hablas?

— Uno que sabe de memoria lo que ocurre en Bocairente en las Fiestas de San Blas. (Quien tal hablaba era un angelito pequeñín que se escondía en un rincón de la torre).

— ¿Siempre es igual?

— Yo vengo todos los años, porque estas Fiestas son un gran espectáculo y sobre todo una demostración de Fe. Aquí las gentes sienten tanto en sus corazones a San Blas que estos días se transforman y olvidan todos los males, resquemores y miserias de la vida humana, convirtiéndose en otros seres que solo emanan alegría, convivencia, hermandad, dando la sensación de que viven en un paraíso...y en este

oasis de amor y de paz...tus malas artes no tienen cabida.

— Tienes razón; me siento fracasado...con un pueblo así, no se puede luchar...Y Lucy Fer Mal, desapareció veloz, perdiéndose en el espacio...

El querubín esbozó una sonrisa de guasa y miró con éxtasis la panorámica que ofrecía Bocairente, que semejaba rendido a sus pies...y con inocencia encantadora, elevando los ojos al Cielo, musitó: ¡Dios mío! ¡Que feliz sería el mundo, que beneficios obtendrían los mortales, si se comportaran siempre así! ¡La vida resultaría totalmente agradable, placentera, bella!

Pero sé que cuando se despojan del traje de Festero, vuelven las ideas perniciosas, las clases, los egoísmos, las ambiciones y la sociedad entera se anega en el cieno de la hipocresía y el pecado.

¡No permitas que estos pueblos de alma sana caigan en el abismo del error!

¡Haz que arranquen la venda que nubla sus ojos, sacudan los malos pensamientos y traten de comportarse tan felices y tan hermosos como en estos días!

¡Me ofrezco en holocausto por su bien!

¡El hombre con firme voluntad es capaz de las mayores empresas!

Si ellos quisieran...

¡¡PODRIA SER!!

J. B. Molina